

esos sin número y valiosos regalos: que al cabo de algunos años, estando próxima á morir aquella á quien hasta entonces habia tenido por madre, la declaró que no era su hija, y que la medalla que llevaba al cuello, se la habia colocado la verdadera madre; y concluyó la historia contando los amores con Mignel; la indiferencia de éste para con ella; los zelos que esta indiferencia habian despertado en su corazon, hasta venir á descubrir, queriendo cometer un crimen, la existencia de una hermana á quien desde entonces amaria ardientemente.

Aquella relacion acabó con un torrente de lágrimas que vertieron las dos hermanas abrazándose tiernamente.

—¡Ah! . . . ¡cuánto bueno me ha venido por haber leído el cuaderno manuscrito donde está tu vida.

—¡Dios mio!—exclamó María asustada y poniéndose encendida como la grana.—¿Y ha visto mi primo ese cuaderno?

—No vió mas que la carta de nuestra buena madre.

—Me moriria de vergüenza si supiese

CAPITULO VIII.

Lo que verá el lector;

Matilde y María pasaron sin dormir casi toda la noche hablando cada cual de todos los trabajos que habia pasado en su vida.

La primera, refirió sencillamente y con aire jovial que, la mujer con quien se habia criado habia huido de San Angel, segun despues supo, con un cómico de la legua, con el cual se casó al fin en Zacatecas; que á ella, en cuanto supo hablar la hicieron salir á las tablas cuando habia en el drama algun niño ó niña, para lo cual la ponian el traje que pedia el papel: que creciendo en aquella carrera y ya jóven, empezó á desempeñar papeles de dama, recibiendo aplau-

que ha llegado á leer lo que ha trazado mi pluma!.... ¡Ah!.... es preciso que yo busque el diario.

Y María se vistió en el instante.

—Aquí lo tienes tirado en el suelo—dijo Matilde alzando el cuaderno que arrojó Miguel, como vimos, por debajo de la puerta.—Ya ves que no está en su poder.

María respiró libremente.

—No quiero que sepa—dijo guardándolo en el cajón de la mesa—lo mucho que le amo.... lo que padezco por él.

—¡Y yo que te creía en posesion de su corazón, y por lo mismo la mas feliz de las mujeres.....!

—¡Feliz!.... ¡Ya ves cuán lejos estaba de serlo.....! Pero ahora lo soy porque me hallo con una hermana que idolatro.... á quien podré contar mis penas.....!

Y Matilde y María se abrazaron de nuevo con toda la efusion del cariño fraternal.

Pero dejemos á las dos hermanas entregadas á los trasportes de una alegría indescriptible y pura, y ocupémonos de Miguel.

Este habia salido á la calle con objeto de

distraerse de las ideas que habian despertado en él las expresivas páginas del manuscrito de su prima, cuando se encontró con Enrique

—¿No sabes lo que hay de nuevo?

Le dijo éste en voz baja, cuidando de que no le oyera nadie de los que pasaban.

—Nada he oido.

—Se ha pronunciado en Jalapa contra el actual presidente Guerrero, el ejército de reserva, bajo las órdenes del vice-presidente D. Anastasio Bustamante.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, 4 de Diciembre de 1829.

—¿Y cuál es el plan?

—Constitucion y leyes; estricta observancia de éstas, y separacion de los destinos tanto del gobierno general como de los Estados, de todos aquellos hombres contra los cuales se haya declarado la opinion pública.

—De esa manera es un cambio completo.

—El presidente Guerrero, al ver la tremenda tempestad que le amenaza, se prepara á conjurarla, pero la defeccion total

del ejército le hará abandonar seguramente la capital y refugiarse en las ásperas montañas del Sur, su país natal.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Sabes que no participo de las ideas del actual gabinete.

—¿Y piensas unirme á los pronunciados?

—Sin duda alguna, aun cuando no fuera mas que por quitar de nuestra sociedad á un monstruo.

—¿Cuál?

—Rossi.

—¿Le has visto?

—No; pero he oido hablar de él hoy mismo á una jóven que aun persigue despues de haberla hecho desgraciada para siempre.

—¿Hablas de Pilar?

—De la misma.

—¿Y sabe su padre dónde se halla?

—No me ha parecido prudente decírselo hasta no saber la posicion que ocupa y descubrir quién es el preso al cual lleva la comida todos los dias.

—Aplaudo tu resolucion. ¿Pero qué suce-

de? ¿No ves cómo cierran todas las tiendas de comercio?

—Eso es sin duda que la tropa de Bustamante se acerca, y Guerrero dispone su fuga.

—¿Te parece conveniente que nos acerquemos á palacio para indagar lo que pasa?

—No deseo otra cosa.

—Corriente, despues iremos á casa y tomaremos chocolate juntos.

—Lo acepto por tener el gusto de estar contigo, y por ver si por fin tu prima se muestra menos esquiva.

Miguel experimentó un desasosiego indecible, al escuchar el deseo que en ver á María manifestaba su amigo, y contestó con embarazo y frialdad, palabras entrecortadas, que si no eran zelos, tenian mucha analogía con ellos.

—Bien... puede ser que... haya cambiado.

—Es que necesito de tu ayuda.

—¿De mí?... Bien... ya sabes que... si de algo... sirvo...

—Yo he hecho todo lo posible para en-

124
rarme de esta malhadada pasion, pero nada he conseguido. . . . ¿Cómo curar los males del alma? Tu prima María es demasiado bella y virtuosa para que se la pueda olvidar. . . . Tú sabes que le amo, y que aunque me dispensa un distinguido cariño, su corazon no me pertenece, porque mil veces me ha dicho que es de otro.

Miguel sintió una inquietud terrible, al escuchar las palabras de su amigo que aspiraba á la mano de su prima, y un placer indecible al saber que no era amado. Hasta entonces habia tenido empeño en que María correspondiera al amor de su amigo, y en aquel momento sentia una satisfaccion indecible, en verle despreciado. . . . ¿En qué consistia aquel cambio de sentimientos?...

¿Amaba por ventura á María? Miguel mismo no podia explicarse aquel sentimiento que se habia despertado en su alma con la lectura del diario. Sin embargo, la memoria de Luisa dominaba en su corazon.

Viendo Enrique que Miguel guardaba silencio, y que no le contestaba, prosiguió:
—Tal vez he cometido una imprudencia,

125
porque acaso el elegido por María será algun íntimo amigo tuyo, por cuya suerte te interesas mas que por la mia.

—Aunque es cierto que me intereso por la suerte del hombre elegido por mi querida prima, te aseguro que en el mundo tú eres mi único amigo.

—Yo no trato de que violentes la voluntad de la mujer que adoro, sino que la ponderes mi única pasion, para ver si su corazon se inclina en favor mio que no puedo vivir sin ella.

—Me es imposible, Enrique, acceder á tus deseos.

—¿Será posible!

—Es mejor que tú mismo le hables.

—Me ha prohibido tratar de ese asunto.

—Pues de esa manera. . . .

—Pero á tí no te ha hecho esa prohibicion y puedes. . . .

—Imposible, Enrique. . . . imposible! . . .

—¿Por qué es imposible?

—Porque. . . . porque. . . . No tengo valor para decírtelo; porque entonces tal vez me acusarias de egoista.

—Eso nunca.... No soy capaz de hacer-te tal ultraje: pero habla; dime por qué no puedes servirme en lo que te pido.

—Porque ese hombre á quien ella ama... ese hombre que es el obstáculo que se opone á tu felicidad....

—Acaba.... ¿quién es?

—Yo.

—¡Tú!....

Exclamó asombrado Enrique. Miguel se acercó entonces á él con cariño, y le dijo:

—Si, yo, amigo mio. ¿No me dijiste un dia, que teniendo una prima tan hechicera, debia olvidar á tu querida hermana?

—¿Y lo has conseguido?

—No lo sé todavía, aunque puedo asegurarte que el cariño hácia mi prima es de otra naturaleza del que hasta hoy le he tenido.

—Doloroso es renunciar á la mujer que se ama, pero me consideraria muy feliz, el dia que supiera habian acabado los tormentos causados por mi hermana, entregando tu corazon á jóven tan digna de tu cariño, como es María.

Miguel apretó en su mano la de su amigo en prueba de gratitud, por sus nobles sentimientos; le contó en confianza lo que habia pasado con Matilde y María, el contenido del diario de la segunda, y se dirigieron á la Plaza de Armas, el uno entretenido en contar su historia, y absorto el otro de lo que escuchaba.

Allí vieron cerradas las puertas del palacio, dobladas las centinelas, coronada de soldados la ancha azotea, colocados los cañones en la plaza con direccion á la calle de Plateros, llenas de tropa las dos torres de la grandiosa Catedral, así como la azotea de la Diputacion.

La plaza estaba llena de gente, atraida por la curiosidad de saber lo que pasaba, como acontece en todos los pronunciamientos de México.

Las tiendas del puente de Palacio, del portal de las Flores, del de Agustinos y Mercaderes, de la Monterilla, Flamencos, Portacœli y Plateros, estaban cerradas.

Enrique y Miguel se acercaron á un grupo de gente del bajo pueblo, para oír lo

que hablaban con respecto á los acontecimientos que tenían lugar en aquel instante.

—¿Es decir que *se juye el señor Guerrero* á tierra caliente?

Dijo un hombre del bajo pueblo embozado en una sábana de algodón, con un gran sombrero de petate caído sobre la oreja izquierda, con objeto de taparse un enorme chirlo que le cruzaba el carrillo.

—Sí, *se juye y horita mesmo.*

—*Quere* decir que le ha entrado el *cerote*.

—Sí, valedor, y de que entra el *tata tiempos*, ya no hay hombre, como dice mi compadre D. Genovevo.

—Yo veo que todavía puede defenderse si *quere*, porque tiene *muncha* tropa.

—*Mas pior* es eso.

—¿Por qué?

—Porque segun me han dicho *endenantes*, están dispuestas á *preunciarse*, y él *quere* escurrirse, antes que de *al tiro* le abandonen.

Miguel y Enrique, satisfechos con lo que habian oido, se dirijieron hácia la casa del primero.

Al llegar á la puerta del zaguan, que, como todas las de la ciudad estaban cerradas por temor á la actitud hostil en que la poblacion se hallaba, Enrique se despidió de su amigo.

—¿No subes?

—No, tengo que hacer.

—Tomaremos chocolate, y te irás.

—Gracias, Miguel, pero no puedo aceptarlo.

—¿No quedamos antes en que lo tomarias conmigo?

—Es cierto, pero entonces no sabia el secreto de tu prima; sabes que le amo, y verla no seria el remedio mas eficaz para desterrar de mi corazon su imágen.

—Pero eso no debe ser un obstáculo para visitarme; ya te he dicho que lo mio no pasa hasta ahora de un exceso de gratitud hácia su oculto cariño.

—De la compasion al amor no hay mas que un paso.

—Pero....

—Adios, adios.

Dijo Enrique alejándose con el corazón desgarrado y sin dar lugar á que le contaran.

Miguel tocó la puerta, y al punto corrió á abrirle Pablo.

—Señor—le dijo con mucho misterio y alegría—tengo muy buenas noticias que comunicar á su merced.

—¿Cuáles?

—Que segun me han dicho, ha muerto en un ligero encuentro con los *prenunciados* el señor D. Fernando.

—¿El esposo de Luisa!

Exclamó Miguel, dejando ver en su semblante un rayo de esperanza y de felicidad.

—El mismo, *asegun* dicen.

—No puede ser, porque acabo de estar con Enrique, y nada me ha dicho.

—Porque no lo sabrá. ¿No sabe su merced que dice un dicho que en casa del ahorcado no hay que mentar la soga? Pues esto le sucederá á D. Enrique; no lo sabrá, porque nadie se atreverá á mentarle tal cosa.

—¡Ah!... ¡si fuese cierto...!

Y Miguel, por la vez primera en su vida, sintió ensancharse el corazón con la noticia de la muerte de un prójimo.

Y es que aquella noticia le abría las puertas del bello ideal que habia soñado realizar al principio de su vida, y que hasta entonces habia cerrado con plancha de hierro el terrible destino.

Aquella noticia operó una revolucion completa en sus proyectos futuros.

Matilde, María, el diario que tanto habia comovido su corazón, todo desapareció ante el risueño porvenir que miró en lontananza.

—Si Luisa es libre, pensó, ella y yo serémos felices para siempre.

Y halagado con esta idea, entró en casa con el semblante risueño, donde le esperaban inquietas sus dos cariñosas primas Matilde y la interesante María.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ago. 1625 MONTERREY, MEXICO